

# Prólogo de Sönke Neitzel

---

Era un típico día de noviembre en Inglaterra: nubes bajas, llovizna y ocho grados. Como ya había hecho a menudo, cogí la District Line hasta Kew Gardens, bajé en esta pintoresca estación de metro del sudoeste de Londres y me dirigí a paso rápido al Archivo Nacional británico, para enterrarme allí en antiguos expedientes. La lluvia, aún más desagradable que de costumbre, me apremiaba. En la zona de la entrada —como siempre—, impresionaba la cantidad de vigilantes, que examinaron someramente mi cartera. Luego pasabas junto a la pequeña librería, hasta la consigna, y subías las escaleras hasta la sala de lectura, donde, a más tardar, la moqueta verde chillón te convencía de que allí no había cambiado nada desde la última visita.

En aquel otoño de 2001, trabajaba como profesor invitado en la Universidad de Glasgow y me había permitido realizar una corta visita a Londres. Unas pocas semanas antes, me había tropezado con el libro de Michael Gannon sobre el giro que dio la batalla del Atlántico en mayo de 1943. El estudio contenía también algunas páginas de transcripción de conversaciones de tripulantes de submarinos alemanes, que me habían despertado la curiosidad. Tenía constancia de que existían informes de interrogatorios de prisioneros alemanes, pero no de que se los hubiera escuchado en secreto y a escondidas. Quería seguir esa pista a toda costa. Tampoco es que esperase nada demasiado emocionante, desde luego. ¿De qué podía tratarse? Unas pocas páginas de conversaciones incoherentes, oídas de boca de alguno y anotadas por algún otro. Son incontables las veces en las que pistas esperanzadoras no han conducido a nuevas fuentes, sino a callejones sin salida.

Sin embargo, esta vez fue distinto. En mi pequeña mesa de trabajo había un grueso fajo de expedientes, quizá de unas ochocientas páginas en total, atado con un mero cordel. Las finas hojas estaban aún limpiamente ordenadas una sobre otra; yo tenía que ser uno de los primeros que las tenía en las manos.

Deslicé la mirada sobre incontables actas de diálogos, transcritos palabra por palabra, de soldados de la Marina alemana; en su mayoría, tripulantes de submarinos. Ochocientas páginas, solo del mes de septiembre de 1943. Si había crónicas de septiembre, debía haber también algunas de octubre y de noviembre de 1943. Y ¿qué ocurrió durante los otros años de la guerra? De hecho, sí existían volúmenes gruesos de los otros meses. Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que había topado con la punta de un iceberg. Emocionado, solicité más y más actas. Descubrí que no solo se había escuchado a los tripulantes de los submarinos, sino también a soldados del ejército de Tierra y de la Luftwaffe. Quedé absorbido por la lectura de las conversaciones y me sentí transportado de inmediato al mundo interior de la guerra, que se abría ante mí. Oía a los soldados hablar formalmente, pero también los veía gesticular y debatir. Lo que más me sorprendió fue la franqueza con la que hablaban de luchar, matar y morir. Metí en la maleta varias copias de pasajes interesantes y volé de regreso a Glasgow. Al día siguiente, en el Instituto Histórico, me encontré por casualidad con el profesor Bernard Wasserstein y le puse al corriente de mi nuevo hallazgo. Le dije que tal vez fuera una fuente del todo novedosa y que tal vez podría dar pie a una tesis doctoral. «You want to give it away?», me preguntó, extrañado. La frase resonó mucho tiempo en mi cabeza. No, el profesor tenía razón: era un tesoro que debía conservar para mí.

Desde entonces, viajé repetidamente a Londres y empecé a comprender con qué había topado en realidad: durante el conjunto de la guerra, los británicos habían espiado sistemáticamente las conversaciones de varios miles de prisioneros alemanes, y algunos cientos de italianos; los pasajes que se antojaban más interesantes los habían grabado en clisés de cera que luego se habían transcrito. Todo el conjunto de actas había sobrevivido a la guerra y se había liberado en 1996. Sin embargo, durante los años posteriores nadie se percató de la importancia de estas fuentes, que siguieron dormitando, desconocidas, en las estanterías del depósito.

En 2003 publiqué una primera selección y, dos años más tarde, una edición con casi doscientas actas de conversaciones espiadas a los generales alemanes. Con ello, sin embargo, la valoración de estas fuentes solo avanzó un pequeño paso. Poco tiempo después hallé, en los Archivos Nacionales de Washington, una colección muy similar, que doblaba el número de páginas de la británica, es decir, añadía unas cien mil páginas. Resultaba imposible analizar y evaluar en solitario aquella cantidad verdaderamente impresionante de actas.

# Prólogo de Harald Welzer

---

Cuando Sönke Neitzel me llamó para contarme el hallazgo de esta nueva fuente, me quedé sin palabras: hasta entonces, nuestra investigación sobre la percepción de la violencia y la disposición a matar solo la habíamos podido apoyar en fuentes muy problemáticas: actas de investigaciones, cartas del servicio postal militar, informes de testigos oculares y memorias. Todas estas fuentes comparten un problema enorme: las afirmaciones, informaciones y descripciones que estas contienen se han concebido de un modo plenamente consciente y se dirigen a alguien: a un fiscal, a la esposa que está en casa, o a un público con el que, por razones muy diversas, uno desea compartir su punto de vista. Cuando los soldados hablaban entre sí en los campamentos, no había la misma intencionalidad; nadie sospechaba siquiera que sus historias y relatos pudieran convertirse alguna vez en una «fuente»; menos aún, que pudieran llegar a la imprenta. Las actas de investigaciones, las autobiografías y las entrevistas con testigos coetáneos constan sobre todo de informaciones de narradores que saben cómo ha terminado la historia y que hace tiempo que han titulado sus experiencias y su punto de vista con este conocimiento a posteriori. Aquí, en el hallazgo de Neitzel, los hombres hablaban y contaban qué pensaban de la guerra «en tiempo real»; es una fuente que permitía analizar de forma verdaderamente singular y novedosa la historia de la mentalidad de la Wehrmacht, quizá de las fuerzas armadas en general. Me sentí electrizado; nos despedimos pronto. No había ninguna duda de que yo, como psicólogo social, nunca podría evaluar en solitario el material, al no poseer conocimientos profundos sobre la Wehrmacht; y, a la inversa, solo desde la perspectiva histórica, no se podrían descifrar las actas de las conversaciones en todos sus aspectos comunicativos y psicológicos. Ambos ya habíamos trabajado antes de manera intensiva sobre la época del Tercer Reich y, en efecto, mirábamos los diálogos de los prisioneros desde perspectivas completamente distintas. Solo mediante la combina-

ción de nuestras especialidades —la psicología social y la ciencia de la historia— se podría acceder adecuadamente a esta fuente singular de la historia de las mentalidades y ajustar nuevamente el análisis de la conducta de los soldados. Pudimos convencer a la Fundación Gerda Henkel y la Fundación Fritz Thyssen de nuestro plan de iniciar de inmediato un proyecto de investigación más importante; así, al poco tiempo de producirse nuestro primer encuentro, dispusimos de medios para financiar un grupo de investigación<sup>1</sup> que atacó prontamente la inmensa cantidad de textos. El corpus británico, y una gran parte del material estadounidense, se pudo digitalizar y valorar mediante un programa informático de análisis de contenidos. Después de más de tres años de colaboración intensiva y apasionante, en los que nosotros mismos hemos aprendido muchas cosas nuevas —y, además, hemos debido distanciarnos de nuestras convicciones, cuando la fuente demostraba que no resultaban sostenibles—, ha llegado la hora de presentar los primeros resultados.

### De qué hablan los soldados

SCHMID: Una vez oí la historia de dos chavales de quince años. Llevaban uniforme y disparaban con ferocidad, como cualquier otro. Pero los pillaron. [...] Que los rusos también tienen chiquillos —hasta de doce años, en la música, por ejemplo— y con uniforme, eso lo he visto yo con mis propios ojos. Una vez pillamos a un cuerpo de música ruso. ¡Pero qué música hacían, oye! Al principio, te deja completamente destrozado. Hay algo tan tranquilo, en la música, que invita tanto a la nostalgia... Podría decir que es como si me viniera a la mente toda la inmensa estepa rusa. ¡Tremendo! Me divertía un montón. Era una auténtica banda de música militar. [...] Pues bien, en todo caso, los dos mozos tenían que pateársela hacia el oeste, tenían que seguir el camino, sin salirse. En el momento en el que intentan, en la revuelta siguiente, deslizarse al interior del bosque, reciben una buena. Y apenas están fuera de la vista, se escurren a hurtadillas del camino, ¡y zas!, han desaparecido. Entonces movilizan de inmediato a un contingente numeroso que los tiene que buscar. [...] Hasta que van y los pillan a los dos. A los dos, tú. Se portaron como es debido, no los apalearon allí mismo, sino que los llevaron de nuevo ante el comandante del regimiento. Ahora estaba claro que merecían morir. Tuvieron que cavarse la tumba, dos hoyos, y fusilaron a uno. Pero este no cae en el hoyo, sino que cae hacia delante. Y le dicen al otro que tiene que echar al primero dentro del hoyo, antes de que lo fusilen a él también. ¡Y va y lo hace sonriendo! ¡Un chaval de quince años! Ahí hay algo especial, o fanatismo, o idealismo.<sup>2</sup>

Esta historia, contada por el brigada Schmid el 20 de junio de 1942, refleja la forma de hablar más típica de las actas de las conversaciones soldadescas.

Como en cualquier otra conversación cotidiana, el narrador cambia de tema varias veces, por asociación; justo a media historia, a Schmid se le ocurre el concepto «música», cuenta cómo le gusta la música rusa, la describe brevemente, y luego retoma la historia en sí. Esta había empezado de un modo inocente, pero acaba mal: trata del fusilamiento de dos soldados rusos en edad juvenil. El narrador cuenta que a los chicos no se les disparó sin más, sino que tuvieron que cavar su propia tumba antes de que los mataran. En el fusilamiento hubo una complicación que nos lleva hasta la verdadera moraleja de la historia: los jóvenes que iban a morir demuestran ser «fanáticos» o «idealistas» y el brigada transmite su admiración al respecto.

Aquí nos encontramos, a primera vista, con una espectacular combinación de muchos temas: guerra, soldados enemigos, jóvenes, música, la estepa rusa, crímenes de guerra, admiración, que no parecen estar todos relacionados entre sí y, sin embargo, se hilvanan todos en la misma narración. Esto es lo primero que uno comprueba: las historias de las que hablamos en este libro son distintas a lo que uno suele entender por tales. Así, no siguen los criterios de unidad, coherencia y lógica, sino que pretenden crear tensión, resultar interesantes, ofrecer espacio al otro interlocutor, para que pueda intervenir, comentar o aportar sus propias historias. A este respecto, como todas las conversaciones cotidianas, son erráticas, pero interesantes; están llenas de cortes, de conexiones de nuevos hilos narrativos; se basan sobre todo en el consenso y la conformidad. Las personas no charlan solo para intercambiar informaciones, sino para crear una relación, encontrar puntos de unión, asegurarse de que uno participa exactamente del mismo mundo. Este mundo es la guerra, factor que convierte a las conversaciones en algo plenamente desacostumbrado, pero solo para los lectores y las lectoras actuales, no así para los soldados.

La brutalidad, dureza y frialdad de la guerra son elementos constantes de estas conversaciones, algo que sigue asombrando cuando leemos los diálogos hoy, cuando han pasado más de sesenta años desde aquellos hechos. Involuntariamente, uno sacude la cabeza, queda conmocionado, a menudo incluso sin palabras; pero es preciso liberarse de estas emociones morales, porque de otro modo solo comprenderemos nuestro propio mundo, no el de los soldados. Que la brutalidad deviniera normal solo demuestra una cosa: que el acto de matar a otros y la violencia extrema pertenecen a la vida cotidiana del narrador y sus interlocutores, que no son nada extraordinario. Hablan sobre ello durante horas igual que hablan también, por ejemplo, de aviones, bombas, radares, ciudades, paisajes y mujeres.

MÜLLER: Cuando estuve en Járkov, estaba todo arrasado, excepto el centro. ¡Qué maravilla de ciudad, qué recuerdos tan impresionantes! Todo el mundo hablaba algo de alemán, lo habían aprendido en la escuela. También en Taganrog:

cines de primera y maravillosos cafés en la playa.\* [...] Ahí, donde se juntan el Don y el Donetz, ahí hemos volado muchas veces, yo he estado en todas partes. Es una gozada, el paisaje; con el camión, he estado en todas partes. Solo se veían mujeres ocupadas con los trabajos comunitarios forzosos.

FAUST: ¡Ah, qué mierda!

MÜLLER: Hacían carreteras. Las mozas estaban de muerte. Pasábamos a su lado, las arrastrábamos dentro del coche, nos las tirábamos, y para afuera otra vez. Tío, ¡ni te imaginas cómo renegaban!<sup>3</sup>

Así son las conversaciones de los hombres. Los dos soldados —un soldado de primera y un sargento primero de la Luftwaffe— comentan los aspectos turísticos de la campaña militar rusa, hablan de «ciudades de maravilla» y «recuerdos impresionantes». De pronto, la historia se ocupa de la violación espontánea de las trabajadoras forzosas; el soldado de primera lo cuenta como una anécdota menor y pasajera, y luego continúa describiendo el viaje. Esto describe el espacio de lo que se podía decir y esperar en las conversaciones intervenidas: se puede hablar de los actos de violencia cometidos contra otros sin que nada perturbe las expectativas del oyente. Los relatos de fusilamientos, violaciones y saqueos pertenecen al ámbito cotidiano de las narraciones de guerra; en esta clase de temas, casi nunca se expresan reparos morales, discrepancias ni, menos aún, se generan discusiones o peleas. Las conversaciones, pese a que su contenido está a menudo trufado de violencia, se desarrollan sin embargo de manera armónica; los soldados se entienden entre sí, comparten el mismo mundo, charlan sobre las cuestiones que los animan y las cosas que han visto o realizado. Todo esto lo cuentan e interpretan en marcos históricos, culturales y circunstanciales específicos: los marcos de referencia.

En este libro queremos reconstruir y describir esos marcos, para poder comprender cómo era el mundo de los soldados; cómo se veían estos a sí mismos y cómo veían a sus enemigos; qué pensaban de Hitler y del nacionalsocialismo; por qué seguían luchando incluso cuando la guerra ya parecía perdida.

También queremos investigar qué parte de esos marcos de referencia era «nacionalsocialista»; si aquellos hombres mayoritariamente amables y bondadosos de los campos de prisioneros también tenían que ver con los «combatientes ideológicos», que salían a perpetrar masacres y crímenes racistas indiscriminados, como parte de una «guerra de exterminio». ¿Hasta qué punto se corresponden con la imagen del «ejecutor voluntario», dibujada en los años noventa por Daniel Goldhagen? ¿O quizá los crímenes de la Wehrmacht se asemejan más a la imagen elaborada por las dos famosas exposiciones itinerantes organizadas por el Instituto de Investigación Social de Hamburgo, así como por incontables estudios históricos? En la actualidad, predomina la im-

\* Taganrog está en la costa del mar de Azov. (*N. del t.*)

presión de que los soldados de la Wehrmacht fueron parte de una gigantesca maquinaria de exterminio y, con ello, agentes (si no ejecutores) de crímenes masivos sin precedentes. Sin duda, es cierto que la Wehrmacht participó en toda clase de actos criminales, desde el fusilamiento de civiles al asesinato sistemático de hombres, mujeres y niños judíos. Pero esto no dice nada sobre si los distintos soldados, por separado, participaron en los crímenes, y de qué modo; y ante todo, no dice nada sobre qué relación mantenían con tales crímenes: si los cometían voluntariamente, o con repugnancia, o si rechazaban perpetrarlos. Nuestro material sí ofrece información detallada sobre todo ello, y lo hace de un modo que sacude las imágenes más estables y consolidadas de «la Wehrmacht».

Al respecto hay que observar que, todo aquello con lo que los seres humanos nos encontramos, no lo percibimos de un modo objetivo, sino siempre a través de filtros específicos. Cada cultura, cada época histórica, cada sistema económico, en suma, cada ser acuña modelos de percepción y explicación que guían la percepción e interpretación de las experiencias y los acontecimientos. Las actas de las conversaciones escuchadas reproducen de manera fiel cómo ven los soldados la guerra y cómo se comunican al respecto. Mostraremos que sus reflexiones y conversaciones son distintas a lo que habitualmente se tiende a imaginar; entre otras cosas porque, a diferencia de nosotros, las personas de hoy, ellos *no* saben cómo terminará la guerra y qué será del Tercer Reich y su Führer. Para nosotros, el futuro soñado y real de aquellos hace tiempo que es pasado; para ellos, sin embargo, es todavía un espacio abierto. A la mayoría de aquellos soldados, apenas le interesan las cuestiones de ideología, política, orden mundial y similares; no emprenden la guerra por convicción, sino porque son soldados y su trabajo es luchar.

Muchos son antisemitas, pero esto no los convierte necesariamente en «nazis». Y tampoco tiene nada que ver con su disposición a matar: no son pocos los que odian a «los judíos» y, sin embargo, se sienten escandalizados por los fusilamientos. Varios son decididamente antinazis, pero apoyan explícitamente la política antisemita del régimen nacionalsocialista. Algunos se estremecen ante el hecho de que se deje morir de hambre a cientos de miles de prisioneros de guerra rusos, pero no vacilan en fusilar a los prisioneros de guerra cuando vigilarlos y entregarlos con vida les parece demasiado fastidioso (o peligroso). Para algunos, los alemanes tienen el problema de que son excesivamente «humanos», y en el mismo hilo narrativo cuentan con detalle cómo han aniquilado a todos los habitantes de pueblos enteros. Igualmente, en muchos relatos se fanfarronea y se hace ostentación, pero no solo, como en las modernas conversaciones masculinas, con el potencial propio o el del coche; en los diálogos de los soldados también se fanfarronea con la violencia extrema: violaciones, derribos de aviones enemigos, hundimiento de buques mercantes... En ocasiones, podremos comprobar que la información no es cierta; al mismo

tiempo, nos asombrará ver con qué quieren impresionar los soldados: por ejemplo, con el hundimiento de un transporte infantil. El espacio de lo decible y lo dicho, también aquí, es distinto del actual, y con ello lo son asimismo las cosas que merecían reconocimiento o se esperaba que lo merecieran; ser violento es un ejemplo palmario de esta diferencia. Además, la mayoría de los relatos, a primera vista, son extraordinariamente contradictorios. Pero esto solo es así cuando se parte de la premisa de que los seres humanos actúan según sus «ideas y puntos de vista» y que tales ideas y puntos de vista tienen mucho que ver con ideologías, teorías y grandes convicciones.

En realidad, el ser humano actúa —como se mostrará en este libro— del modo en que cree que se espera que actúe. Y esto tiene que ver mucho menos con abstractas «concepciones del mundo» que con cuestiones muy concretas: con los objetivos, las funciones y los lugares de la acción y, sobre todo, con los grupos de los cuales se forma parte.

Para poder comprender y explicar por qué los soldados alemanes, durante cinco años, lidiaron una guerra de una crudeza desconocida hasta entonces y provocaron una erupción de violencia que causó la muerte de cincuenta millones de personas y asoló todo un continente, es preciso averiguar con qué ojos la veían ellos: con qué ojos veían su guerra. En el capítulo siguiente nos ocuparemos, en primer lugar y con detalle, de los factores que rigen y determinan los puntos de vista de los soldados; es decir, de los marcos de referencia. Las lectoras y los lectores que sientan solo una curiosidad voraz por los relatos y los diálogos de los soldados sobre la violencia, la técnica, el exterminio, las mujeres o el Führer, sin interés por los marcos de referencia del Tercer Reich y de los militares, pueden saltar directamente a la página 71. En las páginas que siguen, tras una descripción detallada de cómo los soldados concebían el luchar, el matar y el morir, concluiremos comparando la guerra de la Wehrmacht con otras guerras, para esclarecer qué componentes de esta guerra fueron «nacionalsocialistas» y cuáles no. En ocasiones, nuestros resultados —ya lo podemos anticipar— resultarán sorprendentes.



# 1

---

## Ver la guerra con los ojos de los soldados: análisis de los marcos de referencia

El horror, ¿sabe?, el horror que experimentamos al principio ante el hecho de que un ser humano pudiera tratar a otro de tal modo, se ha calmado, en cierta forma. Así es como pasa siempre, ¿no es cierto? Y es algo que he visto también en mí misma: que de hecho nos hemos quedado relativamente más tranquilos, nos sentimos más *cool*, como dice esa bonita expresión moderna.

*Antigua vecina del campo de concentración de Gusen*

Los seres humanos no son como los perros de Pavlov. No reaccionan a los estímulos con reflejos condicionados. Entre el estímulo y la reacción, en el ser humano, existe algo sumamente específico que constituye su conciencia y distingue al género humano de todas las otras formas de vida: el ser humano interpreta lo que percibe, y solo sobre la base de esa interpretación extrae conclusiones, decide y actúa. En consecuencia, el ser humano —a diferencia de lo que suponía la teoría marxista— no actúa nunca sobre la base de condiciones objetivas; y tampoco lo hace —en contra de lo que, desde hace tiempo, quieren hacernos creer los teóricos de la «elección racional» en las ciencias económicas y sociales— exclusivamente en respuesta a un análisis de costes y beneficios. En una guerra, la ponderación de coste y beneficio carece de relieve, igual que no *tiene* que producirse nunca por efecto de unas circunstancias objetivas. Un cuerpo cae siempre de acuerdo con la ley de la gravedad, y nunca de otro modo; pero en lo que respecta a lo que los seres humanos hacen, siempre pueden hacerlo de otro modo. Tampoco existen cuestiones tan mágicas como las «mentalidades», que lleven a un ser humano a actuar de un modo u otro, aunque sin duda, las formaciones psíquicas influyen en cómo actúa un ser humano. Las mentalidades preceden a las decisiones, pero no las determinan. Incluso si los seres huma-

nos, en su percepción y actuación, se hallan sujetos a condicionantes sociales, culturales, jerárquicas y biológicas o antropológicas, ello no obstante siempre encuentran margen para la interpretación y la acción. Por descontado, poder interpretar y decidir requiere siempre de orientación y conocimiento al respecto de aquello con lo que uno se relaciona en ese momento y de qué consecuencias se derivan de cada decisión. Esta orientación proporciona una matriz de directrices de interpretación, ordenadoras y organizadoras: los marcos de referencia.

Los marcos de referencia son extraordinariamente variables desde el punto de vista histórico y cultural; así, los musulmanes ortodoxos ordenan el comportamiento sexual moralmente aceptable o reprobable en marcos de referencia distintos a los que emplean los occidentales profanos. Pero ningún miembro de ninguno de los dos grupos interpreta lo que ve ajeno a referencias que no ha elegido ni escogido él mismo y que marcan, orientan y, en buena medida, dirigen sus percepciones e interpretaciones. Esto no significa que, en situaciones especiales, no se pueda ir más allá del marco de referencia dado para ver y pensar de un modo nuevo, pero es algo que ocurre con relativa poca frecuencia. Los marcos de referencia garantizan economía de acción: la gran mayoría de lo que ocurre se puede clasificar en una matriz conocida. Ello resulta un alivio. Ante la acción, no se debe empezar siempre de cero y responder siempre de nuevo a la pregunta «¿qué está ocurriendo aquí?». En su inmensa mayoría, las respuestas a esta pregunta son datos por defecto, recuperables: se hallan almacenadas en un depósito de saber y orientación cultural que despeja gran parte de las tareas de la vida al presentarlas como rutinas, costumbres y certezas, que nos alivian enormemente a todos.

Por el contrario, sin embargo, esto también significa que, cuando deseamos esclarecer el comportamiento de determinados seres humanos, debemos reconstruir los marcos de referencia en cuyo seno han actuado, que han ordenado sus percepciones y han sugerido sus conclusiones. Para esta reconstrucción, los análisis de las condiciones objetivas son totalmente insuficientes. Las mentalidades tampoco explican *por qué* alguien ha hecho algo, sobre todo cuando otras personas pertenecientes a la misma formación mental han llegado a decisiones y consecuencias muy distintas. Aquí topamos con el límite sistemático de las teorías sobre las guerras ideológicas y los regímenes totalitarios: no responden a la pregunta de cómo las «ideologías» y las «concepciones del mundo» se transforman en percepciones e interpretaciones particulares; qué efecto tienen en la acción individual de cada uno. Para comprender esto, empleamos el procedimiento de los marcos de referencia, un instrumento que sirve para reconstruir las percepciones e interpretaciones de los seres humanos en determinadas circunstancias históricas; aquí, las de los soldados alemanes en la segunda guerra mundial.

El método de los marcos de referencia deriva de la consideración según la cual no se pueden comprender las interpretaciones y los comportamientos de una persona sin reconstruir qué «veía» esta: dentro de qué modelo de interpre-

tación, de qué ideas y relaciones percibían las situaciones, y cómo interpretaban esas percepciones. Si no se toma en consideración el marco de referencia, es inevitable que los análisis científicos de acciones pasadas resulten normativos, porque como base del proceso de intelección se recurrirá a las medidas normativas de la actualidad de cada uno. Por ello, es frecuente que los acontecimientos históricos relacionados con la guerra y la violencia aparezcan catalogados como «atroces», aunque la atrocidad no es en ningún caso una categoría analítica, sino moral. Por ello mismo, también es frecuente que el comportamiento de quienes ejercen la violencia se catalogue ya de entrada como «anormal» o «patológico», pese a que —cuando se reconstruye el mundo desde su punto de vista— ejercer la violencia resultaba lógico y comprensible. Lo que debemos hacer con ayuda del análisis de los marcos de referencia, por ende, es dirigir una mirada *no moral*, no normativa, a la violencia ejercida durante la segunda guerra mundial; así podremos comprender qué condiciones se requieren para que seres humanos de psique perfectamente normal, en determinadas circunstancias, hagan cosas que nunca realizarían en circunstancias distintas.

A este respecto cabe diferenciar varios órdenes de marcos de referencia:

Los marcos de referencia *de primer orden* comprenden la estructura sociohistórica de trasfondo ante la cual los seres humanos actúan en un momento dado.

Por regla general, nadie es consciente de la función orientadora de este marco de primer orden, igual que ningún ciudadano alemán, durante la lectura del periódico, da cuenta de pertenecer al círculo cultural cristiano-occidental y de que sus valoraciones (por ejemplo, sobre un político africano) se hallan sujetas a las normas de ese círculo cultural. Los marcos de primer orden son lo que Alfred Schütz ha denominado *assumptive world* («el mundo que damos por sentado»), la forma de ser que se sobreentiende como natural para un mundo determinado: qué se considera «bueno» y «malo», «verdadero» o «falso», qué pertenece al ámbito de lo comestible, qué distancia corporal se adopta al hablar con otra persona, qué se tiene por cortés o descortés, etc. Este «mundo sentido» se halla mucho más en un plano inconsciente y emocional que en uno reflexivo.<sup>1</sup>

Los marcos de referencia *de segundo orden* son histórica y culturalmente —y, en su mayoría, también geográficamente— más concretos. Comprenden un espacio sociohistórico que, en la mayoría de los aspectos, se puede restringir: por ejemplo, al período de gobierno de un régimen, al tiempo de validez de una constitución o a la historia de una formación histórica (como pudiera ser el Tercer Reich).

Los marcos de referencia *de tercer orden* son aún más específicos: comprenden una relación de sucesos sociohistórica en la que actúan determinadas personas; por ejemplo, una guerra en la que estas participan como soldados.

Los marcos de referencia *de cuarto orden* son las características, formas de percepción, modelos de interpretación, deberes percibidos como tales, etc., siempre peculiares, que una persona lleva consigo en una situación dada. En

este nivel cuentan la psicología, las disposiciones personales y la cuestión de la adopción de decisiones individuales. En el presente libro analizaremos marcos de referencia *de segundo y tercer orden*, porque nuestro material permite acceder sobre todo a estos.

Nos ocuparemos, pues, del mundo del Tercer Reich, del que proceden los soldados de la Wehrmacht, y del análisis de las situaciones concretas, bélicas y militares, en las cuales estos actúan. En cambio, sobre la personalidad de los diversos soldados (los marcos *de cuarto orden*), a menudo no sabemos nada; y siempre sabemos demasiado poco para, por ejemplo, esclarecer qué acontecimiento biográfico y qué disposición psíquica fueron responsables de que cierta persona matara de buena gana y cierta otra persona sintiera aversión hacia el asesinato.

Antes de comenzar con los verdaderos análisis, sin embargo, es necesario presentar los distintos componentes que forman los marcos de referencia.

### Orientación de base: en realidad, ¿qué está pasando aquí?

El 30 de octubre de 1938, la emisora de radio estadounidense CBS interrumpió su programación con una emisión especial: en Marte se había producido una explosión de gas a consecuencia de la cual una nube de hidrógeno se dirigía hacia la Tierra a gran velocidad. Un periodista entrevista al respecto a un catedrático de astronomía y, entre medio, salta la siguiente noticia: los sismógrafos han detectado una sacudida de la intensidad de un terremoto fuerte que, plausiblemente, se debe al impacto de un meteorito. Desde este momento, las noticias se suceden sin pausa. Movidas por la curiosidad, varias personas han localizado el lugar del impacto; al poco tiempo, emergen de allí unos extraterrestres que atacan a los espectadores. Nuevos objetos impactan en otros lugares, una multitud de extraterrestres ataca a los humanos. Se despliega a las fuerzas armadas —aunque sin apenas éxito—, los extraterrestres se dirigen a Nueva York. El ejército lanza sus aviones de combate y los estadounidenses empiezan a abandonar las zonas de peligro. Estalla el pánico.

En este punto se produce un cambio en el marco de referencia. Hasta el episodio de los aviones de combate, la descripción solo reproduce el desarrollo de una pieza de radio que Orson Welles creó a partir de la novela *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells; pero la huida de los hombres y mujeres, presas del pánico, existió de verdad. De los seis millones de estadounidenses que, aquel día memorable, estaban escuchando la transmisión radiofónica, dos millones se tomaron en serio el ataque de los extraterrestres. Algunos incluso hicieron las maletas febrilmente y salieron a las calles para huir del temido ataque con gas de los extraterrestres. Las conexiones telefónicas estuvieron bloqueadas

durante horas. Pasaron varias horas hasta que no se divulgó en todas partes que el ataque había sido una mera ficción.<sup>2</sup> Este acontecimiento legendario, sobre el que se cimentó la fama de Orson Welles, evidencia con claridad que el psicólogo social William I. Thomas tenía razón cuando formuló, en 1917, el siguiente teorema: «Cuando el ser humano interpreta una situación como real, esta situación provoca consecuencias reales». Una apreciación de la realidad puede ser tan falsa o irracional como se quiera; sin embargo, las conclusiones que se extraen de ella crean a su vez nuevas realidades.

Así, las y los oyentes que no captaron el aviso de que *La guerra de los mundos* era una pieza radiofónica consideraron que la invasión era real. A este respecto, por cierto, uno debe recordar que las posibilidades de comunicación, en aquellos años, no permitían una comprobación rápida de la realidad; y que, al bajar a la calle, los que huían de su bloque de viviendas hallaban a una multitud de personas que hacían exactamente lo mismo. ¿Cómo podía dar eso pie a la sospecha de que se habían dejado llevar por un engaño? El ser humano intenta confirmar su percepción e interpretación de las realidades mediante la observación de la actuación ajena, sobre todo en aquellas situaciones que, por su carácter inesperado y amenazador, comportan en un principio mayores problemas de orientación: ¿qué está pasando aquí? ¿Qué debo hacer?

Así surge, por ejemplo, el famoso fenómeno del «bystander» o «espectador»: cuando varias personas son testigo de un accidente o una pelea, es infrecuente que alguna de ellas intervenga. Ninguno de los espectadores sabe con certeza cuál sería la reacción correcta en ese momento y, por ello, todos buscan mutuamente orientación en el otro; pero como nadie parece reaccionar, todos permanecen quietos, mirando. Nadie ayuda, pero no —según suelen comentar los medios de comunicación— porque sean «insensibles», sino por falta de orientación y a causa de un proceso, de desarrollo fatal, de confirmación mutua de la no actuación. Los implicados se crean un marco de referencia común en cuyo seno adoptan sus decisiones. En cambio, cuando es solo una persona la que se encuentra ante una necesidad de ayuda similar, suele intervenir sin ceder tanto tiempo a la reflexión.

El ejemplo de *La guerra de los mundos* resulta espectacular. Pero solo muestra qué ocurre por principio cuando el ser humano busca orientación. Las sociedades modernas, en particular, exigen a sus miembros una labor de interpretación constante en toda su abundancia de ámbitos de funcionamiento, roles exigidos y situaciones complejas: ¿qué está ocurriendo aquí?, ¿qué expectativa debo satisfacer? En la mayoría de los casos, no somos conscientes de ello, porque de la mayor parte de este incesante trabajo de orientación se encargan las rutinas, costumbres, guiones y reglas; y esto, por así decir, se desarrolla de un modo automático. Pero cuando se producen alteraciones de las funciones, pequeños accidentes, engaños o errores, uno cobra conciencia de que en ese momento se exige, de forma explícita, lo que habitualmente hacemos sin cesar de forma implícita: interpretar lo que está pasando en este momento.

Esta labor de interpretación, por descontado, no se produce en el vacío ni comienza a partir de cero una y otra vez: nuevamente, se halla sujeta a unos «marcos», esto es, a perspectivas integradas por muchos componentes, que dotan de una estructura organizativa a la experiencia que se va a vivir. Erving Goffman, en la estela de Gregory Bateson<sup>3</sup> y Alfred Schütz,<sup>4</sup> ha descrito una serie completa de tales marcos, con sus propiedades; a partir de aquí, ha elaborado un estudio de cómo estos marcos no solo organizan nuestras orientaciones y percepciones cotidianas, de una forma muy abarcadora, sino que también —según sean el punto de vista del observador y el conocimiento del contexto— determinan interpretaciones extraordinariamente diversas. Para el que plantea un engaño, por ejemplo, el marco de su actuación es una «maniobra de amago»; pero quien sufre el engaño, ve ante sí lo simulado.<sup>5</sup> O, según lo expuso Kazimierz Sakowicz: «Para los alemanes, 300 judíos significan 300 enemigos de la humanidad; para los lituanos, son 300 pares de zapatos y 300 pantalones».<sup>6</sup>

En el presente contexto, hay un aspecto especialmente importante, que no interesaba particularmente a Goffman: la cuestión de cómo se forman los marcos de referencia que orientan, dirigen y organizan la interpretación de una situación. Sin duda, la «guerra» forma un marco de referencia distinto al de la «paz», hace parecer adecuadas distintas decisiones y justificaciones y altera las medidas de lo que se tiene por correcto o incorrecto. En la percepción e interpretación de las situaciones en las que se hallan, los soldados tampoco siguen cualesquiera indicaciones, sino que actúan con una sujeción notablemente específica a modelos que solo les permiten un espectro limitado de interpretaciones individuales. Todo ser humano se encuentra sujeto a un «sistema de creencias» («belief system»): un conjunto de formas, impregnadas culturalmente, de percepción e interpretación. No es algo exclusivo de los soldados.

Sobre todo en las sociedades plurales, resulta particularmente pronunciada la correspondiente necesidad de orientación y, con ello, la diferenciación de los marcos. El ser humano moderno debe poder cambiar incesantemente entre las distintas exigencias de los marcos —como cirujano, como padre, como jugador de cartas, como deportista, como miembro de una comunidad de propietarios, como paciente en una sala de espera, etc.— y poder dominar las exigencias asociadas con cada rol. Esto también supone que todo cuanto uno hace en el marco de un rol determinado, lo puede observar y valorar con distancia desde la perspectiva de los otros roles; es decir, que uno se halla en situación de distinguir dónde se exige una frialdad profesional, sin intervención de las emociones (durante una operación quirúrgica) y dónde no (durante el juego con los hijos). Esta posibilidad de «tomar distancia con el rol»<sup>7</sup> asegura que el rol temporal no nos absorba de modo que nos impida responder a las exigencias de los otros roles; en otras palabras, garantiza que podamos ser flexibles para cambiar entre los distintos marcos de referencia, interpretar correctamente las distintas exigencias y actuar de acuerdo con estas interpretaciones.

## Ataduras culturales

Stanley Milgram formuló, en cierta ocasión, su interés por la cuestión de por qué una persona puede preferir arder en el interior de una casa, antes que correr a la calle sin pantalones. Si se contempla objetivamente este proceder, se trata de algo irracional, desde luego; pero subjetivamente solo muestra que, en determinadas culturas, las normas que rigen la vergüenza levantan obstáculos ante las estrategias de salvación de la propia vida, obstáculos que solo cabe superar con una enorme dificultad. En la segunda guerra mundial, los soldados japoneses preferían suicidarse a caer prisioneros. En Saipán, miles de civiles se arrojaron al mar desde las rocas para no caer en manos de los estadounidenses.<sup>8</sup> Incluso cuando se trata de la propia supervivencia, las ataduras y los deberes culturales desempeñan a menudo un papel más importante que el impulso de preservación personal; ello explica también, por ejemplo, por qué una persona puede morir en el intento de salvar a un perro que se ahoga, o por qué puede considerar razonable saltar por los aires como autor de un atentado suicida (véase la página 273).

Los casos de naufragio de sociedades enteras muestran la extensión con la que pueden llegar a actuar las ataduras culturales. Así ocurrió con los vikingos normandos, que hacia el año 1000 conquistaron Groenlandia y sucumbieron al no saber renunciar a las costumbres agroalimentarias que habían traído de Noruega, a pesar de que, en Groenlandia, las condiciones climáticas eran muy distintas. Así, en lugar de alimentarse de pescado, muy abundante en la zona, intentaron practicar la ganadería, pese a que la estación de los pastos, en la isla, no duraba el tiempo suficiente.<sup>9</sup> Esto no supone que fuera imposible sobrevivir en tales circunstancias ambientales, como demuestra el caso de los inuit, que ya poblaban Groenlandia en tiempos de los vikingos y en la actualidad todavía la pueblan. El ejemplo más famoso del naufragio de una sociedad debido a las ataduras culturales lo ofrecen los habitantes de la isla de Pascua, que invirtieron tal suma de recursos en la producción de esculturas gigantes como símbolo de la condición social que, a la postre, socavaron la base de la supervivencia hasta el punto de causar su propia extinción.<sup>10</sup>

Las ataduras culturales (entre las cuales deben incluirse también, por supuesto, las religiosas) aparecen en los sentimientos y conceptos de la vergüenza y el honor, y, en general, en la incapacidad de solventar los problemas «racionalmente» aun cuando, desde el punto de vista del observador, tales soluciones parecen hallarse tan a mano como en el caso de los vikingos, a los que les habría bastado con pasar de la carne al pescado.

Desde el punto de vista de la supervivencia, el bagaje cultural puede tener mucho peso, en ocasiones, y a veces incluso puede resultar letal. Dicho de otro modo: lo que en todos estos casos se percibió como un problema no fue la amenaza que afectaba a la propia supervivencia, sino el riesgo de dañar conductas

prescritas, de carácter simbólico o heredado, o dependientes de la condición social u órdenes recibidas; y este riesgo, obviamente, puede percibirse como algo tan abrumador que, en la perspectiva de los agentes, les impide contemplar *ninguna otra posibilidad*. Al actuar así, el ser humano deviene cautivo de sus propias técnicas de supervivencia.

Las ataduras culturales habituales y las obligaciones que culturalmente se dan por sentadas representan una parte considerable de los marcos de referencia; justamente esta es la razón de que tengan tanta eficacia y a menudo resulten incluso obligatorias, pues no llegan a alcanzar el plano de la reflexión. A todas luces, la propia forma de vida cultural es la que excluye que se puedan observar determinados cosas o se puedan alterar costumbres perniciosas y estrategias carentes de sentido. Desde una perspectiva exterior, es frecuente que parezca ser completamente irracional aquello que, desde la perspectiva interior de los agentes, posee una cualidad insuperablemente racional, por cuando se trata de algo lógico y evidente. El ejemplo de los vikingos también demuestra que las ataduras culturales no solo constan de lo que los miembros de una cultura saben, sino más bien, ante todo, de lo que desconocen.

## Desconocimiento

El ejemplo del muchacho judío Paul Steinberg, que, a sus dieciséis años, en Francia, fue denunciado por una vecina y consiguientemente deportado a Auschwitz, nos permite adentrarnos en los posibles efectos del desconocimiento. En Auschwitz, Steinberg tuvo que enfrentarse a una carencia fatal en su marco de referencia, relativa, en concreto, a la ducha.

—Y tú, ¿cómo has llegado aquí? —me preguntó un peletero del *faubourg* Poissonnière. Yo lo miré desconcertado. Él señaló mi rabo con el dedo, hizo venir a los compañeros y gritó:

—¡Este no está circuncidado!

Yo sabía tan poco sobre la circuncisión como sobre la religión judía en general. Mi padre se había abstenido —sin duda, por una estúpida vergüenza— de familiarizarme con este tema tan fascinante. Fui, y probablemente sigo siendo, el único deportado judío de Francia y Navarra que llegó a Auschwitz sin retajar y no jugó este as. La gente se apelonaba a mi alrededor, cada vez eran más, y se reían casi hasta reventar. ¡Al final, uno de ellos me bautizó como «el mayor de los idiotas»!<sup>11</sup>

Por desconocimiento, Paul Steinberg no pudo aprovechar la ocasión de escabullirse; en tiempos del nacionalsocialismo, para la mayoría de los hom-



bres judíos, la circuncisión era un signo letal, por el que los reconocían de inmediato, por lo que todos mostraban el máximo cuidado en ocultarlo bien. Sobre todo en las zonas ocupadas, a los judíos se los identificaba de un solo vistazo al miembro circuncidado; desde este punto de vista, por tanto, Steinberg no supo aprovechar lo que suponía una ventaja decisiva.

Este es un ejemplo de fatalidad debida a un desconocimiento individual, que pertenece al mismo tiempo al marco de referencia decisivo para el caso y a las acciones e interpretaciones relacionadas con él. En este sentido, lo que uno hace depende de lo que uno puede saber y desconocer. Pero no solo por esto, la investigación de aquello que unas personas sabían en un punto del pasado resulta una aventura difícil. Pues la historia no se percibe, sino que *sucede*; y solo a posteriori, los historiadores constatan qué acontecimientos de un inventario cabe considerar «históricos» porque, de un modo u otro, han influido en el desarrollo de las cosas. En la vida cotidiana, la transformación gradual del entorno social y físico no suelen registrarse, porque la percepción se ajusta incesantemente a la transformación de sus entornos. Es el fenómeno que los psicólogos sociales denominan como «puntos de referencia cambiantes» (*shifting baselines*). Los ejemplos de cómo las costumbres comunicativas se transformaron hasta provocar un desplazamiento radical de los estándares normativos, por ejemplo en el nacionalsocialismo, muestran la gran eficacia de estos puntos de referencia cambiantes. Uno tiene la impresión de que, en conjunto, todo permanece igual, aunque se han producido transformaciones fundamentales.

Solo posteriormente un proceso de percepción *lenta* se concentra, mediante conceptos como por ejemplo el de la «*quiebra* de la civilización», en un acontecimiento abrupto; ello ocurre cuando se llega a saber que un desarrollo ha tenido consecuencias radicales. La interpretación de lo que los seres humanos han percibido durante el surgimiento y desarrollo de un proceso que ha ido aumentando sucesivamente hasta la catástrofe también resulta una aventura de lo más intrincada; intrincada, asimismo, porque nuestra pregunta sobre la percepción contemporánea del proceso se formula sabiendo cómo ha concluido este, conocimiento que, lógicamente, no estaba al alcance de los coetáneos. Además, uno mira desde el final de una historia hacia su principio y, en cierto modo, debería dejar en suspenso el propio conocimiento histórico, para poder indicar qué se sabía en un momento determinado. Por esta razón, Norbert Elias ha descrito la reconstrucción de la estructura del desconocimiento que se daba en otros tiempos como una de las tareas más dificultosas de las ciencias sociales.<sup>12</sup> También cabe denominar esta labor, en la estela de Jürgen Kocka, como la «licuefacción» de la historia, es decir, «volver a las posibilidades desde la factualidad».<sup>13</sup>

## Expectativas

El 2 de agosto de 1914, un día después de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, Franz Kafka, en Praga, anotó en su diario: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, curso de natación». Este es tan solo un ejemplo especialmente notorio del hecho de que cuanto la posteridad ha aprendido a catalogar como *histórico*, solo en raras ocasiones se percibe como tal en el tiempo real en que surge y aparece. Cuando se le presta atención, se hace como mera parte de una vida cotidiana en la que hay muchas otras cosas que percibimos y reclaman la atención. Ello explica que incluso aquellos contemporáneos extraordinariamente inteligentes de un estallido bélico, de vez en cuando, no lo consideren más llamativo que el hecho de haber participado, el mismo día, en un curso de natación.

En el momento en que la historia ocurre, el ser humano percibe la actualidad. Los acontecimientos históricos solo muestran su significación más adelante, cuando han causado consecuencias perdurables o cuando —por decirlo con un concepto de Arnold Gehlen— han demostrado ser «la vez primera de las consecuencias», esto es: se ha constatado que son acaecimientos sin precedentes que afectaron profundamente a todo lo que ocurrió con posterioridad. De ello deriva un problema metodológico, cuando uno formula la pregunta de qué *podrían* saber, percibir, haber sabido o haber percibido los contemporáneos de uno de estos acontecimientos de alborada o «de vez primera»; pues en efecto, estos acaecimientos, habitualmente, no llaman la atención justo porque son nuevos. El ser humano intenta comprender lo que sucede con los marcos de referencia disponibles, aunque se trate de un suceso sin precedentes, que por sí mismo puede constituir una referencia para posteriores acontecimientos comparables.

Así pues, desde una perspectiva histórica se puede comprobar que, cuando la Wehrmacht atacó la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, ya hacía tiempo que se había preparado el camino a la guerra de exterminio. Igualmente, cabe dudar de que los soldados que, a primera hora de la mañana de aquel día, recibieron sus órdenes, comprendieran de verdad qué clase de guerra les aguardaba. Esperaban avanzar con celeridad, como en Polonia, Francia y los Balcanes, no una guerra de exterminio que también en el frente tuviera que lidiarse con una crudeza desconocida hasta entonces. Y sin duda no esperaban que, en el marco de esa guerra, se exterminara sistemáticamente a grupos de personas que, en el sentido más estricto, no tenían nada que ver con la ocurrencia de la guerra. El marco de referencia «guerra», hasta aquel momento, no lo preveía de ninguna manera.

Por esta misma razón, muchos de los judíos alemanes no reconocieron la magnitud de los procesos de exclusión de los que fueron víctimas. El gobierno nazi se consideraba un fenómeno de corta vida, «que era preciso aguantar, o bien un retroceso, para el que uno podía prepararse; en el peor de los casos, una

amenaza, que tal vez podía restringir la libertad personal, pero aun así siempre era más soportable que la peligrosa aventura del exilio». <sup>14</sup> En el caso de los judíos se produce una ironía amarga precisamente por el hecho de que su marco de referencia comprendía sin más el antisemita, la persecución y el saqueo, debido a las penosas experiencias históricas que habían vivido; pero eso mismo les imposibilitaba ver que en ese momento estaba ocurriendo algo distinto, algo absolutamente letal.

## Contextos de percepción con especificidad temporal

El 2 de junio de 2010, tres hombres del Servicio Alemán de Desactivación de Medios de Combate perdieron la vida en Gotinga, mientras intentaban inutilizar una bomba aérea de la segunda guerra mundial. Todos los medios de comunicación informaron profusamente sobre este hecho, que provocó una notable consternación. Si en 1944 o 1945, cuando se arrojó esa bomba, hubieran muerto tres personas, ello no habría merecido ninguna mención especial, fuera del círculo de los afectados. El contexto de aquellos años se llamaba «guerra»: en Gotinga, en enero y febrero de 1945, las bombas aéreas todavía causaron la muerte de un centenar de personas. <sup>15</sup>

Algo similar cabe decir de otra serie de hechos interconectados, las violaciones masivas, que al final de la guerra perpetraron, sobre todo, los soldados del Ejército Rojo, en su avance hacia el oeste. Las impresionantes descripciones anónimas que se publicaron hace unos años <sup>16</sup> permiten reconocer que, en lo que respecta a la propia percepción y valoración de la violencia corporal, existe una diferencia considerable según si la afectada es *una sola* persona o si son muchas más las que padecen lo mismo. En esa época, las mujeres hablaban de las violaciones y desarrollaron estrategias para protegerse de los abusos, a sí mismas y especialmente a las chicas más jóvenes. Así, la mujer anónima estableció una relación con un oficial ruso que la protegió del abuso sexual arbitrario de otros soldados soviéticos. Pero la simple circunstancia de que existiera un espacio comunicativo en el que se podía hablar sobre el dolor, pero también sobre estrategias de huida, supone una diferencia considerable para la percepción e interpretación de tales hechos.

En relación con la violencia, también hay que tener en cuenta que, históricamente, la violencia se ha ejercido y vivido de formas muy distintas. La sociedad moderna se abstiene de la violencia en un grado extraordinariamente elevado, y la ausencia generalizada de violencia en el espacio público —y, en menor medida, en el privado— se cimienta en el logro civilizador que supone el monopolio de la violencia por parte del Estado. Esto posibilita la notabilísima seguridad que caracteriza la vida en las sociedades modernas, a diferencia de lo que ocurría en los tiempos premodernos, cuando resultaba mucho más probable su-

frir actos de violencia corporal directa.<sup>17</sup> En esa época, la presencia de la violencia en el espacio público —por ejemplo, en relación con los castigos y las ejecuciones— también era claramente superior a la actual.<sup>18</sup> De ello cabe concluir que los marcos de referencia y, con ellos, la vivencia de la violencia ya sea ejecutada o sufrida son extremadamente variables, desde el punto de vista histórico.

¿Qué clase de «tiempos» imperan, exactamente? ¿En qué conceptos de normalidad se clasifican los acontecimientos? ¿Qué se considera habitual y qué se tiene por extremo? Las respuestas a todas estas preguntas forman un elemento de base de gran importancia en los marcos de referencia. En los «tiempos de crisis», por ejemplo, se consideran políticamente justificadas medidas distintas a las propias de los tiempos «normales»; lo mismo cabe decir de las circunstancias catastróficas. Por su parte, en la guerra, según la expresión popular, «todo vale»: al menos, se aceptan muchos medios que, en condiciones de paz, se castigarían con severidad.

### Roles: exigencias y modelos

Un ámbito muy amplio, sobre todo en las sociedades modernas, con su diferenciación funcional, lo constituyen los ya mencionados roles, cada uno de los cuales impone por sí solo un conjunto determinado de exigencias sobre aquellos que quisieran o deben cumplirlas. Los roles ocupan un nivel intermedio entre las ataduras y obligaciones culturales y las acciones e interpretaciones individuales y grupales. Existe una serie de roles en los que no somos conscientes que estamos actuando de acuerdo con sus normas, a pesar de que lo hacemos así con toda naturalidad. Aquí se incluyen por ejemplo todos los roles que los sociólogos emplean para diferenciar las sociedades: los de sexo, edad, origen o educación. Los conjuntos de normas y exigencias relacionados con ellos pueden ser percibidos de forma consciente, y también ser analizados así; pero no es necesario ni resulta habitual que ocurra así. Estos roles naturales del «mundo de la vida» marcan no obstante las percepciones, interpretaciones y alternativas de acción; y se hallan sujetos —de forma especialmente clara en el sexo y la edad— a reglas normativas: socialmente, se espera que el comportamiento que tenemos ante una señora anciana no sea igual que ante un joven, sin que por ello exista un catálogo de reglas ni, menos aún, un libro de leyes. Como miembro de una sociedad, uno «sabe» esa clase de cosas implícitamente.

Distinto es el caso de los roles asumidos de forma explícita, que —por ejemplo, en el transcurso de una carrera profesional— pronto se acompañan claramente de nuevos conjuntos de exigencias, que se deben aprender. Así, cuando alguien era solo un estudiante de matemáticas y pasa a trabajar como actuario de seguros, el conjunto de sus exigencias se transforma notablemente: desde las normas de vestimenta, pasando por las horas de trabajo, hasta la co-

municación y las cosas que tienen importancia o carecen de ella. Otros pasos de gran alcance se dan cuando una persona se convierte en padre (o madre) o se despide de la vida laboral por jubilación. También existe una clase de cambios de rol radicales, verbigracia cuando se relacionan con el ingreso en las «instituciones totales»: <sup>19</sup> en un monasterio, por ejemplo, o en una prisión, o —en lo que es una conexión fundamental para este libro— en las fuerzas armadas. En este caso, la institución —por ejemplo, la Wehrmacht o las SS— pasa a tener a la persona a su completa disposición: esta recibe ropas y un peinado uniformes, con lo que pierde el control sobre su equipación identitaria; ya no puede disponer de su propio tiempo; queda sujeta a toda clase de obligaciones externas, a la instrucción, a las vejaciones, a los castigos draconianos en caso de incumplimiento de las reglas. Precisamente por esta razón, las instituciones totales funcionan como mundos herméticos particulares, porque persiguen objetivos de preparación específica: los soldados no solo deben aprender a manejar un arma o moverse por el terreno, sino también la obediencia, la inclusión incondicional en jerarquías y la actuación automática según las órdenes. Las instituciones totales establecen una forma especial de comunidad, en cuyo seno las normas y obligaciones grupales ejercen una influencia mayor sobre los individuos que en las condiciones sociales normales; y ello simplemente porque el grupo de camaradas del que uno forma parte, aunque no se ha elegido libremente, es sin embargo el único grupo de referencia, sin alternativa. La persona pertenece al grupo porque se la ha asignado a ese grupo. <sup>20</sup>

Un rasgo característico de las instituciones totales es que procura privar del control propio a sus clientes, sobre todo durante el período de instrucción, en todo grado y en todos los aspectos; solo después concede grados de libertad y márgenes de actuación, que son específicos para cada graduación jerárquica. La bibliografía sobre el mantenimiento de las experiencias, humillantes en parte, que los mayores obligan a vivir a los jóvenes, pertenece a la forma en que tales instituciones establecen su comunidad: su horror ha sido objeto de análisis literario en multitud de ocasiones. <sup>21</sup> Todo esto funciona así en tiempos de paz, en un grado llamativo; pero es aún más intenso en la guerra, cuando la actuación bélica pasa de la condición de simulada a la de real y cotidiana, y la propia supervivencia ya no depende, en último lugar, del funcionamiento del propio comando. Aquí la institución total da paso al grupo total y la situación total, <sup>22</sup> que, en ambos casos, solo conceden a los actores los márgenes de actuación estrictamente definidos según el grado y la estructura de mando. El marco de referencia, en una guerra, es por ende comparable con todos aquellos roles de la vida civil que están determinados por la falta de alternativas. Según lo formuló uno de los soldados cuyas conversaciones se espionaron: «Somos como una ametralladora: armas con las que lidiar la guerra». <sup>23</sup>

Qué hace uno como soldado, con quién y cuándo no son cuestiones que dependan de la propia percepción, interpretación y decisión; el margen con el

cual cabe desarrollar una orden de acuerdo con la propia competencia y valoración resulta, en la mayoría de los casos, extremadamente reducido. En este sentido, la participación de los roles de los marcos de referencia sufre una variabilidad enorme: su significación puede ser casi nula, en las condiciones plurales de la vida civil, o bien total, en las condiciones de la guerra u otras situaciones extremas.

A este respecto, los componentes de los diferentes roles del contexto militar también se pueden superponer, y ello en dos direcciones: la competencia de un agrimensor puede resultar extraordinariamente útil para la orientación en el campo y, a la inversa, las actividades civiles, en el contexto de la guerra y el exterminio masivo, de golpe pueden resultar letales. Piénsese por ejemplo en el ingeniero Kurt Prüfer, de la empresa Topf & Söhne, de Erfurt, que invirtió mucha energía en desarrollar la eficacia de los hornos crematorios de Auschwitz, lo que a su vez permitió incrementar el número de asesinatos diarios.<sup>24</sup> Otro caso distinto de solapamiento de roles nos lo cuenta una mujer que fue taquígrafa del comandante de la policía de seguridad de Varsovia:

Cuando en Varsovia morían a tiros uno o dos alemanes, el comandante de la policía de seguridad, Hahn, ordenaba a Stamm, del consejo criminal, que se fusilara a un determinado número de polacos. Entonces Stamm encargaba a las señoras de su secretaría que seleccionaran los expedientes adecuados de entre los diversos informes. En la secretaría había entonces un buen montón de expedientes. Cuando, por ejemplo, había allí 100 expedientes y solo se debía fusilar a 50, dependía de las señoras elegir los expedientes a su criterio. En algunos casos concretos, también podía ocurrir que el autor de un informe añadiera: «A este y a este hay que liquidarlos. No son más que chusma». Eran expresiones muy habituales. A menudo he pasado días enteros sin dormir por la idea de que quien muriera fusilado dependía de las mujeres de la secretaría. Y así, una de ellas le decía a otra, por ejemplo: «Ay, Erika, ¿a cuál cogemos: a este o a este otro?».<sup>25</sup>

Una actividad inofensiva de por sí puede convertirse, de pronto, en asesina, cuando se cambia su marco de relación. Raul Hilberg ya ha apuntado hacia este potencial de división del trabajo: todos los miembros de la policía de orden público podían

ser supervisores de un gueto o de un transporte ferroviario. A todos los juristas de la Oficina Central de Seguridad del Reich les podía corresponder asumir la dirección de un grupo de intervención de las SS. A todo experto en finanzas de la Oficina Central de Economía y Administración se lo consideraba un candidato natural a prestar servicio en los campos de exterminio. En otras palabras, todas las operaciones necesarias se llevan a término con el personal disponible en ese mo-

mento. Cada vez que se procura distinguir con claridad quién participó de forma activa, se constata que la maquinaria de exterminio representa siempre una muestra llamativamente representativa de la población alemana.<sup>26</sup>

Si esto se traslada a la guerra, supone lo siguiente: todo mecánico podía reparar bombarderos que, con su carga letal, mataban a miles de personas; todo carnicero podía participar en los servicios de abastecimiento que saqueaban los territorios ocupados. Los pilotos de Lufthansa también intervinieron en la guerra con sus aparatos comerciales, de tipo FW200, en vuelos de larga distancia; solo que, en esas ocasiones, no transportaban pasajeros, sino que debían hundir buques mercantes británicos en el Atlántico. Como la actividad no cambia, en sí misma, los actores de los roles no solían hallar ninguna causa para exponer consideraciones morales o negarse a cumplir con el trabajo asignado. El trabajo seguía siendo el mismo.

En las instituciones totales, como se ha dicho, el marco de referencia dado apenas encuentra ninguna alternativa. Esto es válido de entrada para los soldados que prestan servicio militar, pero lo es más en tiempos de guerra y, más aún, en combate. A este respecto hay que tener en cuenta que una contienda tan prolongada, abarcadora y, en muchos sentidos, sin precedentes como la segunda guerra mundial tiene por sí sola «el carácter de un suceso extraordinariamente complejo y difícil de resumir».<sup>27</sup> Para las diversas personas que se hallan en algún lugar de este suceso, resulta enormemente difícil orientarse apropiadamente; por ello, las órdenes y los grupos también devienen más importantes desde el punto de vista subjetivo: garantizan orientación allí donde, si no, esta faltaría por completo. La importancia del grupo de camaradas, para las propias necesidades de orientación, crece cuanto más amenazadora resulta la situación en la que uno se encuentra en ese momento. El grupo se convierte en un grupo total.

Ante el telón de fondo de la teoría de roles, nos preguntamos por qué alguien muere en la guerra o por qué participa en crímenes de guerra; pero estas preguntas solo adquieren pleno sentido si se formulan como cuestiones empíricas, no morales. Como preguntas morales, solo serían oportunas si los márgenes de actuación incluyeran las alternativas reales que *no* fueron elegidas por los implicados. Como es sabido, esto es válido, por ejemplo, para la negativa a participar en las denominadas «acciones judías», que carecía de consecuencias jurídicas,<sup>28</sup> y para los incontables casos —que veremos a lo largo del presente libro— en los que la violencia se ejercía a placer. Pero en muchas otras series de sucesos de la guerra, uno debe reconocer, con objetividad, que no se daban las alternativas de actuación y posibilidades de elección que la pluralidad de los roles ofrece en la vida civil cotidiana.

## Modelos de interpretación: una guerra es una guerra

Estrechamente relacionados con los conjuntos de exigencias previstos por cada rol hay modelos de interpretación específicos: como médico, no vemos una enfermedad como el paciente; como autor de un hecho, no lo vemos igual que la víctima. Los modelos de interpretación orientan la interpretación de situaciones concretas; son, en cierto sentido, marcos de referencia a menor escala. Unos párrafos más atrás ya hemos hablado del desconocimiento; cada modelo de interpretación excluye, por descontado, todo un mundo de interpretaciones alternativas y, en consecuencia, también supone siempre un desconocimiento. Es algo negativo en aquellas situaciones que, por ser demasiado nuevas, no podemos dominar apoyándonos en las experiencias precedentes; estas experiencias se convierten en un obstáculo,<sup>29</sup> aunque resultan muy funcionales en el contexto de lo acostumbrado, porque no exigen formular reflexiones complicadas una y otra vez al respecto de a qué nos estamos enfrentando y cuál es la receta correcta para solventar un problema. Los modelos de interpretación, como marcos tipificados y rutinizados de clasificación de lo que sucede, estructuran la vida en una medida extraordinariamente elevada. Van desde los estereotipos («el judío es...») hasta las cosmologías completas («Dios no permitirá que Alemania se hunda»), al tiempo que son, desde el punto de vista histórico y cultural, sumamente específicos. En la segunda guerra mundial, los soldados alemanes tipificaron a sus enemigos con criterios y características distintas a las empleadas en la guerra de Vietnam; pero el proceso de la tipificación y la función que esta posee son idénticos.

Las vivencias de un soldado tampoco ingresan en su experiencia de un modo puro. Antes bien, a las vivencias se les da forma previa y se las filtra mediante modelos de interpretación disponibles, formados por la educación, los medios de comunicación y las narraciones. La sorpresa, por ejemplo, emerge entonces cuando lo vivido se aleja de lo esperable; Joanna Bourke cita el caso de un soldado sorprendido por el hecho de que el enemigo herido no grita y cae a un lado, como en las películas de cine, sino que se desploma con un gruñido.<sup>30</sup> En la mayoría de los casos, sin embargo, el modelo de interpretación ayuda a clasificar y elaborar lo vivido, y a proporcionar seguridad a la orientación.

Ante la pregunta de cómo vivieron los soldados la segunda guerra mundial, los modelos de interpretación —sobre los «otros», la propia misión, el combate, la «raza», Hitler, los judíos, etc.— desempeñan un papel especialmente importante. En cierto modo, proporcionan a los marcos de referencia interpretaciones previas en las que se puede clasificar lo vivido. Ello incluye también los modelos que proceden de otras conexiones sociales y se han importado a la experiencia de guerra; esto resulta particularmente claro en el tema de «la guerra como trabajo», de la mayor importancia para la interpretación que los soldados daban a sus propias acciones. Es algo que podemos leer en



conceptos de aparición recurrente, por ejemplo cuando se habla del «trabajo de mierda» o de que la Luftwaffe «ha hecho un buen trabajo», pero que no se acaba aquí. Harald Turner, jefe de la administración militar en Serbia, escribe el 17 de octubre de 1941 a Richard Hildebrandt, jefe superior de la policía y las SS: «En los últimos ocho días [he ordenado] fusilar a 2.000 judíos y 200 gitanos, según la cuota de 1:100 para los soldados alemanes asesinados con salvajismo. Y en los próximos días se fusilará a otros 2.200, casi todos ellos judíos. ¡No es ningún trabajo bonito!».<sup>31</sup> En la famosa descripción de Ernst Jünger, que definió a los soldados como «trabajadores de la guerra», también aparece la funcionalidad del modelo de interpretación de la sociedad industrial para la vivencia y elaboración de la experiencia bélica; la guerra se describe como un «proceso de trabajo racional, alejado por igual del sentimiento del horror y del romanticismo; lo mismo ocurre con el empleo del arma como prolongación de la actividad habitual en el banco de trabajo doméstico». <sup>32</sup>

Y, verdaderamente, el trabajo en la empresa y el trabajo en la guerra muestran múltiples conexiones entre sí: ambos se organizan de acuerdo con una división del trabajo, se componen de aptitudes técnicas, especiales y parciales, y se estructuran jerárquicamente. En ambos casos, uno no tiene nada que ver con el producto final que se crea, sino que cumple instrucciones sobre cuyo sentido no es necesario dudar. La responsabilidad se refiere siempre, sola y particularmente, al ámbito de actividad inmediato, o se halla delegada por principio. Las rutinas desempeñan un papel importante: uno siempre realiza el mismo movimiento manual y sigue las mismas instrucciones. También en un bombardero trabajan pilotos, artilleros de bombas y tiradores de cola, con aptitudes diversas y diversas actuaciones parciales, que se suman en un producto conjunto: la destrucción de un objetivo dado (independientemente de si se trata de una ciudad, un puente o una concentración de tropas en campo abierto). Los fusilamientos masivos, como las «acciones judías», no solo corrieron a cargo de los tiradores profesionales, sino también de los conductores de camiones, los cocineros, los guardias de las armas, los «transportadores» y «empaquetadores», es decir, los que llevaban a las víctimas a la fosa y los que los amontonaban unos sobre otros; por lo tanto, también aquí había una importante división del trabajo.

Alf Lüdtke ha destacado la relación que, en muchos puntos, une el trabajo industrial y bélico y ha evidenciado que, en las clases proletarias, ya se veía como «trabajo» lo que se hacía en otras funciones, por ejemplo como soldado o policía de reserva. En los testimonios autobiográficos de estos hombres, así como en las cartas del servicio postal militar y en los diarios de la segunda guerra mundial, abundan las analogías de guerra y trabajo; se expresa en temas como la disciplina y la monotonía de las actividades, pero también en expresiones «en las que una acción militar, como repeler o aniquilar al enemigo —es decir, la muerte de personas y la destrucción de material— se consideran como “un buen trabajo”». Lüdtke lo resume así: «El ejercicio de la violencia, la amenaza de ejercerla, ma-

tar o causar dolor se pueden concebir como trabajo y, en consecuencia, vivirlos como algo razonable o, cuando menos, como algo necesario e inevitable». <sup>33</sup> Ante este telón de fondo, queda claro que los modelos de interpretación también desarrollan una función de creación de sentido: si yo interpreto que matar a personas es un «trabajo», no clasifico el hecho en la categoría «crimen», sino que lo normalizo. A partir de estos ejemplos, es fácil comprender qué roles cumplen los modelos de interpretación en los marcos de referencia. Lo que, en las circunstancias normales de la vida cotidiana civil se considera una desviación, que se exigía justificar y legitimar, se transforma aquí en un comportamiento normal y conforme. El modelo de interpretación automatiza en cierta medida la prueba moral y protege a los soldados frente al sentimiento de culpa.

### Obligaciones formales

Entre los marcos de referencia orientadores figura también algo muy sencillo: el universo de lo prescrito y la posición en una jerarquía que determina qué es lo que uno recibe prescrito, y debe cumplir, y qué puede prescribir uno a los demás. También aquí se produce, en la vida civil, un continuo que va de la dependencia total a la libertad total, algo que, de nuevo, puede variar según sea el rol en el que uno aparezca. Aunque una persona puede poseer una gran libertad de actuación como empresario, de modo que, salvo en lo que atañe a la ley, apenas se le puede obligar a nada, por ejemplo en el seno de su familia puede vivir una situación muy distinta: quizá conviva con un padre dominante o una esposa autoritaria, perfectamente capaces de imponerle obligaciones de las cuales solo difícilmente podrá liberarse.

En las fuerzas armadas, las cosas vuelven a estar muy claras: en este ámbito, el grado y la función determinan unívocamente cuán amplio o estrecho es el margen de actuación de cada uno; cuanto más baja es la posición que uno ocupa en la jerarquía, más depende uno de las órdenes y decisiones ajenas. Sin embargo, incluso en instituciones totales como los campamentos de instrucción militar, las prisiones o las instalaciones psiquiátricas, el margen de actuación de cada persona no desciende nunca hasta el cero. Erving Goffman ha descrito de modo impresionante, en su libro *Asylums*, cómo se puede sacar partido de las reglas de las instituciones totales para usarlas en provecho propio. Así, por ejemplo, cuando se utilizan las actividades de la cocina para «conseguirse» recursos o en la biblioteca para hacer contrabando, se produce una «adaptación secundaria» a la institución. Aunque uno finge seguir las reglas, en realidad las usa para sus propios fines. Los miembros de las fuerzas de ocupación tienen múltiples posibilidades de adaptación secundaria. Según narra el alférez Pöler en junio de 1944: «Desde Francia, he enviado a casa una cantidad enorme de mantequilla y tres o cuatro cerdos. Quizá fueran tres o cuatro quintales de mantequilla». <sup>34</sup>

Esta es la cara bonita de la guerra, la del explotador. Pero los grados de libertad para la adaptación secundaria se reducen radicalmente cuando se combate. Aun así, en tales situaciones, todavía cabe sacar partido, siempre que uno encuentre placer en la violencia. En cualquier caso, cuando la situación se constriñe y agrava, el marco de referencia deja de ser diferenciado.

### Obligaciones sociales

Mientras que en el caso de limitaciones del marco de referencia, como se dan en las instituciones totales, la libertad de elección es reducida y la seguridad orientadora, elevada, las obligaciones sociales pueden afectar a estructuras de decisión existentes y claras y provocar que los lazos grupales e incluso las estructuras de mando sean más permeables. Así, Erwin Dold, comandante de un campo de concentración —que, de un modo totalmente inesperado y contrario a las reglas, conseguía más alimentos para «sus» prisioneros y se esforzaba al máximo en mejorar sus condiciones de vida—, tenía la plena certeza de que su esposa no solo apoyaba este comportamiento, sino que incluso lo esperaba.<sup>35</sup> De otra clase fueron las obligaciones sociales que sintieron los tiradores que, en las matanzas colectivas, sufrían al haber encontrado semejanzas entre los niños que iban a matar y sus propios hijos.<sup>36</sup> Pero no debemos albergar ilusiones excesivamente románticas sobre el efecto de las obligaciones sociales: también se tiene constancia de muchos casos en los que la presencia de la esposa, sentida o material, ha favorecido el asesinato, porque el autor se sentía en sintonía con los deseos y elecciones de su mujer.

Así, el secretario policial Walter Mattner, funcionario de la administración de la base de las SS y la policía de Mogilev, escribió a su esposa, el 5 de octubre de 1941:

Aún tengo que contarte algo más. En realidad, yo también participé en la gran matanza masiva de anteayer. En el primer vagón, me temblaba un poco la mano, al disparar. Pero uno se acostumbra. En el décimo vagón apuntaba ya con calma y disparaba con toda seguridad contra todas aquellas mujeres y los niños y bebés. No olvidaba que yo también tengo dos bebés en casa, con los que estas hordas se habrían portado igual, si no diez veces peor. La muerte que nosotros les dimos fue una muerte corta y bonita, en comparación con los tormentos infernales de miles, miles de miles de personas, en las mazmorras del GPU.<sup>37</sup>

Obviamente, en estas líneas Mattner daba por descontado que su esposa aprobaría sus actos y su modo de justificarlos.

Vera Wohlauf, esposa del capitán Julius Wohlauf, representa un caso aún más extremo. Su marido era jefe de una compañía en el batallón 101 de la po-

licía de reserva, que llevó a cabo múltiples «acciones judías».<sup>38</sup> En ese tiempo, la señora Wohlauf estaba embarazada. Hallaba tal placer en las redadas y la detención de judíos para su deportación y fusilamiento que no renunciaba por nada a asistir a tales acciones, a cualquier hora del día, ni a contemplarlo todo desde la mayor cercanía, hasta el punto de provocar la indignación de los miembros del batallón.<sup>39</sup>

En las conversaciones del general de blindados Heinrich Eberbach también se manifiestan con claridad las obligaciones sociales. En octubre de 1944, mientras se hallaba prisionero en el campo británico de Trent Park, habló sobre la posibilidad de contribuir a la propaganda británica:

Soy bastante conocido en el círculo de los blindados [...]. Estoy convencido de que si yo hiciera un llamamiento de esa clase, que también pudiera ser escuchado y leído entre el pueblo —con octavillas que se lanzaran sobre el frente o algo así—, sin duda eso tendría cierto efecto entre la gente. Pero, en primer lugar, la cuestión me parecería de una bajeza inaudita, ahora como antes; es algo que, por sí solo, iría tan en contra de lo que siento, que nunca podría hacerlo. Y además, aparte de esto —están mi mujer, mis hijos—, es algo que ni me planteo. Me haría sentir vergüenza delante de mi mujer. Mi esposa es tan patriota que yo no podría hacerlo nunca.<sup>40</sup>

El hecho de que las obligaciones sociales operen un efecto profundo obedece a que el ser humano, a diferencia de lo que se suele suponer, no actúa a partir de motivos causales y cálculos racionales, sino dentro de relaciones sociales. Son estas las que conforman la variable decisiva para todo aquello por lo que nos decidimos. Esto es particularmente válido para las decisiones adoptadas bajo tensión, como las simuladas en el famoso experimento de Stanley Milgram sobre la obediencia. Aquí la constelación social resultaba crucial en la determinación del grado de obediencia con el que los sujetos experimentales se conducían con respecto a una autoridad.<sup>41</sup>

La cercanía social, fáctica o sentida como tal, y las obligaciones relacionadas con ella forman un elemento central de los marcos de referencia. En la perspectiva histórica, este elemento casi siempre pasa desapercibido, porque es excepcional que las fuentes disponibles informen de si una persona, al acometer (o dejar de acometer) un acto determinado, se sentía obligada por otra. A ello se añade otra dificultad: que las obligaciones sociales no necesariamente tienen que ser obligaciones conscientes, sino que pueden haber sido interiorizadas tan naturalmente que actúan de orientación sin que el afectado lo sepa. Los psicoanalistas lo denominan «delegación».

Si tomamos el marco de referencia monodimensional en el contexto de las situaciones militares, así como la limitación del marco social del soldado a su grupo de camaradas, queda claro qué rol asume aquí la obligación social: si, en la vida civil, la familia, la novia, los amigos, compañeros de escuela y de univer-

sidad, etc., forman un grupo plural y diverso de figuras de referencia que ayudan a sopesar las decisiones que se adoptan, en cambio en el frente, la pluralidad se reduce, en lo esencial, al grupo de camaradas. Y estos trabajan en el mismo marco de referencia con un único fin como meta: cumplir con los deberes militares y, al mismo tiempo, sobrevivir. Para ello, la cohesión y la cooperación en la situación de batalla son, sin duda, decisivas; así, en combate, el grupo es el elemento más fuerte del marco de referencia. Sus reglas tienen tanto efecto porque son importantes para la supervivencia. Pero también cuando no se está combatiendo, cada soldado depende del grupo en una medida extrema; porque este aún no sabe cuánto tiempo durará aún la guerra ni cuándo tendrá el próximo permiso para regresar a casa de vacaciones o se lo trasladará a otro puesto; es decir, no sabe cuándo se alejará del grupo total y podrá integrarse de nuevo en grupos plurales. La eficiencia obligante de la camaradería se ha descrito en múltiples ocasiones. Además de sus funciones sociales, exhibe elementos antisociales con respecto al ámbito exterior al grupo de camaradas. Las normas internas del grupo forman el estándar de comportamiento; el estándar del «mundo de la vida» exterior a las fuerzas armadas resulta degradado y pierde importancia.

Pero el camarada no solo —por propia voluntad o en contra de ella— cede autonomía para integrarse en una comunidad, sino que también obtiene algo a cambio: la comunidad lo preserva, le da seguridad, apoyo, reconocimiento. Además, el grupo de camaradas ofrece una liberación de las obligaciones habituales de la vida civil. Precisamente en este aspecto, Sebastian Haffner, futuro emigrante y decidido opositor al régimen, ve algo psicológico y decididamente fascinante:

La camaradería [...] elimina completamente el sentimiento de la responsabilidad por los propios actos. La persona que vive en camaradería queda liberada de toda inquietud por la existencia y todo rigor de la lucha por la vida. [...] Ya no necesita preocuparse por nada. Ya no se halla bajo la dura ley del «cada uno mira por sí mismo», sino bajo el blando y generoso «Todos miran por uno». [...] El patetismo de la muerte por sí solo permite y soporta esta monstruosa dispensa de la responsabilidad vital.<sup>42</sup>

Esta combinación por la que el establecimiento de la comunidad social de la «camaradería» quita cargas al tiempo que impone otras ha sido elaborada por Thomas Kühne en su completo estudio del tema. Sobre todo el rol que, durante el nacionalsocialismo, se adjuntó a categorías como «comunidad» y «camaradería» condujo a una permanente valoración positiva del colectivo y la consiguiente desvalorización del individuo: «La camaradería guió entonces una cultura de la vergüenza, en la que pensar, sentir y actuar en las categorías de la dirección personal de la vida y la propia responsabilidad quedaron anuladas por

el dictado de una moral que solo permitía lo que resultaba útil para la preservación material, la vida social y el prestigio del propio grupo». <sup>43</sup> Vista así, la camaradería supone no solo la concentración máxima de la obligación social, sino también la *liberación* frente a todo aquello que, en otros órdenes, resulta importante en el mundo. Si esto afecta extraordinariamente el marco de referencia de los soldados, marca todavía más profundamente la práctica de los soldados en la guerra. Aquí la camaradería no se convierte solo en una forma de establecimiento de una comunidad que impone y elimina cargas, sino que deviene, literalmente, una unidad de supervivencia y con ello desarrolla fuerzas de vinculación que, en las circunstancias normales de establecimiento de una comunidad, nunca son tan fuertes. De nuevo, esto no es algo específico del nacionalsocialismo; en su completo estudio sobre el «soldado estadounidense», Edward A. Shils y Morris Janowitz han hecho hincapié en el papel central que el grupo de camaradas desempeñaba en la guerra, para sus distintos soldados, como unidad de interpretación y organización primaria. <sup>44</sup> El grupo ofrece una orientación muy superior a la de cualquier ideología o concepción del mundo; para no pocos, representa una patria emocional más notable que la familia, que, al permanecer en casa y no compartir el mundo de experiencias del soldado, luego no puede comprenderlo. En consecuencia, la camaradería tampoco es, en ningún caso, un simple mito transfigurador de la vida soldadesca, sino un lugar social que cobra más importancia que ningún otro. Esto explica que, en la segunda guerra mundial, hubiera soldados que regresaban voluntariamente al frente: en un sentido psicológico profundo, el frente les hacía sentirse en casa. «Yo era feliz», escribió Willy Peter Reese, un joven soldado de la Wehrmacht que, durante un permiso, a principios de 1944, redactó unas *Confesiones de la gran guerra*, de 140 páginas. «En mitad de Rusia, me sentía, por fin, de nuevo en casa. Ahí estaba mi patria; solo en ese mundo, en sus horrores y en sus escasas alegrías, me gustaba estar.» <sup>45</sup>

## Situaciones

En 1973 se realizó en la Universidad de Princeton un experimento notable. A una serie de estudiantes de teología se le encomendó la tarea de redactar una breve conferencia sobre la parábola del buen samaritano. Una vez elaborada la charla, se invitaría a cada autor por separado a presentarse en un determinado edificio del campus, donde se grabaría una lectura para emitirla por radio. Mientras un estudiante aguardaba en solitario a recibir la invitación a presentar la charla, aparecía de pronto alguien que le decía: «¡Vaya! ¿Aún estás aquí? ¡Hace tiempo que tendrías que estar allí! Date prisa, ¡con un poco de suerte, el asistente aún te estará esperando!». El estudiante corría a su destino y, en ese mismo momento, se situaba ante la puerta del edificio universitario elegido a

una persona que fingía desamparo, y, entre toses y gemidos, se retorció en el suelo. Era imposible entrar en el edificio sin percibir a esta persona que, a todas luces, parecía estar pasando graves dificultades.

¿Cómo reaccionaron ante esta situación los futuros teólogos? El resultado fue sorprendente: solo 16 de los 40 sujetos experimentales intentaron hacer algo en ayuda de aquella persona aparentemente desvalida; los demás continuaron dirigiéndose a la cita, sin detenerse. Un hecho particularmente desconcertante fue que, según se constató en una posterior conversación sobre el incidente con los diversos seminaristas, muchos de los que no habían ayudado al necesitado «ni siquiera se habían dado cuenta de que había alguien en situación de necesidad, pese a que prácticamente habían tropezado con esa persona».<sup>46</sup>

Lo primero que nos dice este experimento es que, antes de que una persona actúe con respecto a algo, debe haberlo percibido. Cuando alguien trabaja con toda la concentración puesta en una labor, simplemente, desconecta la percepción de muchas otras cosas: lo que no tiene que ver con el cumplimiento de la tarea. Esta focalización no tiene nada que ver con cuestiones morales; depende de una economización de los actos, necesaria y casi siempre activa, que procura prescindir de lo superfluo. Otros experimentos han demostrado que la decisión de ayudar depende, en alto grado, de *quién* necesite la protección: se ayuda antes a las personas atractivas que a las que no lo son; ayudamos antes a las personas que, por sus rasgos externos, pertenecen al mismo grupo en el que nosotros nos incluimos, que a aquellos que adscribimos a grupos ajenos. También a aquellas personas que parecen haber sido las causantes de su propia desgracia —como por ejemplo, los borrachos— se las ayuda con menos frecuencia que a las que han caído en una mala situación por causas externas.<sup>47</sup>

Todo esto demuestra claramente que la conexión entre las ideas y los actos es mucho más laxa de lo que solemos suponer. Además, entre lo que las personas piensan de sí mismas —sobre su moral, sus convicciones, la coherencia de actuación— y lo que en realidad hacen existe siempre una diferencia abismal. En situaciones concretas, en las que se exige decidir y actuar, los factores decisivos no tienen nada que ver, en un principio, con las consideraciones éticas y las convicciones morales. De lo que se trata es de conseguir un objetivo o realizar una tarea; esto implica la cuestión de cómo se puede acometer la tarea del modo más eficiente o cómo llegar al objetivo por el mejor camino. En el caso de los futuros teólogos, cuando ignoraron al desamparado, no fue porque carecieran de una ética de la ayuda, sino porque debían cumplir una labor con la mayor rapidez. En palabras de los psicólogos estadounidenses John Darley y C. Daniel Batson, que concibieron el experimento: «Quien no tiene prisa, es posible que se detenga para intentar ayudar a otra persona. Quien tiene prisa, tenderá a seguir su curso a toda prisa incluso si esa premura obedece a tener que comentar la fábula del buen samaritano».<sup>48</sup>

En consecuencia, la situación parece ser mucho más decisiva en lo que respecta a lo que una persona hace, que las características de personalidad que aporta en esa situación. Este hallazgo ha sido confirmado por otro hecho establecido entre tanto: que no era necesario ser antisemita para matar judíos ni, para salvar judíos, era preciso poseer una personalidad altruista. En uno y otro caso, era de todo punto suficiente el hallarse en una situación social que parecía exigir lo uno o lo otro. Sin embargo, cuando por vez primera se adopta y se pone en práctica la decisión correspondiente, todo lo que viene a continuación discurre con inercias del tipo «dependencia del camino» (*path dependence*): participar en un primer fusilamiento masivo aumenta la probabilidad de participar igualmente en un segundo, tercer, cuarto fusilamiento; al optar por una acción de ayuda, se aumenta la probabilidad de, en una situación posterior, aportar ayuda igualmente.

### Disposiciones personales

Naturalmente, no todo cuanto una persona percibe y hace puede adscribirse a unas referencias externas de diverso orden. Por descontado, las diversas personas aportan a las situaciones que deben descifrar y en las que deben actuar diferentes formas de percepción, modelos socializados de interpretación, experiencias propias de su edad y particularidades, debilidades y preferencias específicas. En este sentido, las situaciones sociales siempre forman estructuras de oportunidades que cabe aprovechar y ampliar con diversos grados de libertad. Depende de cada persona, y sin duda de hecho es así, que las unilaterales relaciones de poder propias de los campos de concentración o los fusilamientos masivos fueran recibidas por los hombres más dispuestos a la violencia (miembros de las SS, policías de reserva o soldados de la Wehrmacht) como ocasiones de satisfacer las propias necesidades sádicas o, al menos, la curiosidad; en cambio, entre las personas más sensibles y alejadas de la violencia, despertaban repugnancia. Por lo tanto, la cuestión de quién se enfrenta a qué situación y con qué equipamiento psicológico lo hace marca una diferencia. Pero no debemos sobrevalorar el peso de esas diferencias: según demuestran el Holocausto y la guerra de exterminio nacionalsocialista, en su inmensa mayoría, tanto los civiles como los soldados, policías y hombres de las SS se comportaron de modo violento y antihumano cuando la situación correspondiente parecía sugerirlo o exigirlo; y solo una exigua minoría se mostró resistente y prosocial. Como esta última actitud, de acuerdo con los criterios de la época, se consideraba desviada, mientras que el comportamiento antihumano se tenía por conforme, en toda la relación de acontecimientos del Tercer Reich y la violencia que de ella se derivó nos encontramos frente a un gigantesco experimento real en el cual personas de psique normal —y buenas personas, en la imagen que tenían de sí



mismas— eran capaces de interpretar como naturales o correctas acciones que su marco de referencia prohibía. El porcentaje de personas que, por su equipamiento psíquico, tendía personalmente a la violencia, la exclusión y los excesos ascendía también aquí, como en todas las otras circunstancias sociales, a entre el 5 y el 10 por 100.

En una perspectiva psicológica, los habitantes de la Alemania nacionalsocialista eran tan normales como los de cualquier otra sociedad de aquel tiempo. Y el espectro de los autores de crímenes se correspondió de un modo notablemente exacto con el espectro socialmente normal; ningún grupo de personas demostró ser inmune a los atractivos de la «inhumanidad impune» (Günter Anders). Este experimento real no reduce a cero la importancia de las variables de personalidad, solo les atribuye una importancia relativamente menor, a menudo incluso insignificante.